

NOAM CHOMSKY Y MICHEL FOUCAULT, *La Naturaleza Humana: Justicia versus Poder. Un debate*, Katz Editores, Madrid, 2006. 93 páginas.

*La naturaleza Humana: Justicia versus Poder* recoge el debate televisado por un canal holandés hace unos años entre Michel Foucault y Noam Chomsky. En él, y pese a que ninguno de los pensadores quisieron comprometerse demasiado en sus respuestas, quedaron patentes algunas de sus diferencias en torno a la justicia, la naturaleza humana y el poder, lo que hace de esta publicación una magnífica oportunidad para contraponer las reflexiones de dos importantes críticos de la sociedad del siglo veinte. Quizá como señaló entonces el moderador “la mejor forma de compararlos sea considerarlos como cavadores de túneles que trabajan con herramientas diferentes en laderas opuestas de una misma montaña, y que no saben siquiera si están acercándose” (p. 9).

En la primera parte se polemiza en torno a la existencia o no de una naturaleza humana. Chomsky defiende la existencia de unas estructuras lingüísticas y cognitivas que conforman el fundamento de nuestras capacidades; en sus términos, “un conjunto de esquemas o principios de organización innatas que guían nuestro comportamiento social, intelectual e individual” (p. 11). Foucault, por el contrario, desconfía de dicho concepto, considerándolo más que un concepto científico un indicador epistemológico que cumplió la función de designar o defender un discurso que se oponía a los sustentados en la biología o la teología. En pocas palabras, la diferencia entre ambos radica en las preguntas que guían sus reflexiones: Chomsky se centra en el *porqué* tenemos un lenguaje, mientras Foucault lo hace en el *cómo*.

Otra guía útil para dilucidar sus posiciones la encontramos en las dificultades que ambos han de superar en el desarrollo de sus reflexiones. Chomsky, desde la lingüística, trata de explicar cómo los individuos generan nuevos conocimientos. Defiende que, pese a que existen unas estructuras cognitivas básicas que conforman el fundamento de nuestras capacidades, el desarrollo de las mismas implica un gran potencial de creatividad. Su énfasis en la capacidad creativa de los sujetos hay que situarlo en la lucha que mantuvo contra el conductismo, que prácticamente no dejaba capacidad de actuación al sujeto hablante, considerándolo una especie de tabula rasa en la que se agrupaba la información que posteriormente simplemente se combinaba. Chomsky, pese a considerar que el ser humano posee por naturaleza unas estructuras cognitivas y lingüísticas que constituyen el fundamento de sus capacidades, otorga libertad de actuación a los sujetos en la creación de nuevos conocimientos.

Foucault en lugar de partir del sujeto y sus capacidades presupuestas pone el acento en el vínculo entre el sujeto y la verdad. En sus palabras, “¿qué sucedería si la comprensión del vínculo entre el sujeto y la verdad fuera un efecto del conocimiento?, ¿qué ocurriría si la comprensión fuera una formación compleja, no-individual, no sujeta al sujeto?” (p. 27). En definitiva, nos encontramos ante dos perspectivas completamente diferentes: la de Chomsky, subraya la relevancia del sujeto en la producción del conocimiento, la de Foucault cuestiona ese protagonismo del

sujeto autónomo. La razón de ello estriba en la lucha que el pensamiento foucaultiano mantuvo con las reflexiones que guiaron la historia del conocimiento: por un lado, la exigencia de atribución de un descubrimiento a un sujeto determinado y, por otro, la exigencia de la verdad, dónde ésta no se constituye en la historia sino que se revela a través de ella mediante la superación de una serie de impedimentos. Por ello, sus reflexiones se centran en “la capacidad productiva del saber como práctica colectiva, colocando en su lugar a los individuos y su ‘saber’ en el desarrollo de un saber que en un momento dado funciona según ciertas reglas que es posible registrar y descubrir” (p. 27). Se pone así de manifiesto cómo con pocas reglas los individuos son capaces de generar conocimiento y estructuras cognitivas novedosas, introduciendo así “el punto de vista de la comprensión, de sus reglas, de sus sistemas en el juego del conocimiento” (p. 30).

Una vez presentados los posicionamientos que ambos autores despliegan en torno a la naturaleza humana y la creación de conocimiento, llegamos a uno de los aspectos más sugerentes del texto: la evolución del conocimiento. Si existen unas estructuras cognitivas que constituyen el fundamento de nuestras capacidades, limitando la posibilidad de alcance de nuestro conocimiento y permitiendo al mismo tiempo la libertad de creación del sujeto, como defiende Chomsky, la evolución del conocimiento será fruto de la capacidad de adecuación de estas estructuras, ratificadas como válidas a través de la experiencia. En otras palabras, el salto inductivo a nuevas estructuras cognitivas y lingüísticas se produce en el devenir de la historia de manera semejante a como se alcanzan

nuevas teorías en la ciencia, es decir, partiendo de una serie limitada de estructuras que, en función de su aplicabilidad y utilidad práctica se aceptan o rechazan. El posicionamiento de Foucault diverge del de Chomsky, constituyendo esta parte del debate uno de los momentos de mayor visibilidad en torno a la diferenciación de las reflexiones entre ambos. Foucault pretende mostrar cómo y bajo qué condiciones se produce el saber, considerado éste efecto de un proceso de prácticas colectivas que van generando ciertas reglas que a su vez favorecen la aparición o no de nuevos conocimientos. Se rechaza así la idea hegemónica de progreso sustituyéndola por la de transformación. Si el conocimiento no es externo a los individuos, algo que se obtenga tras la superación de ciertos obstáculos, sino que se constituye en prácticas colectivas mediante reglas comunes que limitan la capacidad de transformación del conocimiento, más que una evolución o progreso lineal lo que hay son discontinuidades o saltos en el saber, que transforman el conocimiento mismo, facilitando la aparición de nuevos saberes, imposibles hasta el momento de la ruptura.

En la segunda parte del libro el debate se centra en la política, permitiéndonos revisar la teoría del poder de Foucault y su modelo de acción política y atender a una contraposición entre las apuestas de ambos autores por dos modelos políticos diferentes sustentados por dos interesantes y divergentes armas: la justicia y el poder.

Desde el inicio del debate, Chomsky apela a la necesidad y posibilidad de la creatividad individual, elemento fundamental que ahora retoma y conforma el eje principal de su pensamiento político. Para él, una sociedad buena sería aquella que

permitiera el trabajo creativo, es decir, la creación liberada de todo tipo de limitación arbitraria. El objetivo de un modelo de sociedad decente debería ser, pues, “la superación de los elementos represivos, opresivos, destructivos y coercitivos que se encuentran en toda sociedad real como residuo histórico” (p. 55). Esto le empuja a apostar por un modelo político ideal, constituido por asociaciones libres descentralizadas, un sistema federado, que incorpore instituciones económicas y sociales, donde se asegure una mayor libertad de creación y se nos exonere de las constricciones y opresiones de la sociedad. “Una sociedad de libertad y asociación libre, en la que el impulso intrínseco de la naturaleza humana sea capaz de realizarse en los hechos” (p. 57).

Cavando en otra dirección de la ladera de la montaña está Foucault. Para él, el poder político no sólo se ejerce a través de las instituciones vinculadas a la actividad política, sino que pone de relieve lo que constituye uno de los elementos más sugerentes de su pensamiento: la existencia de instituciones que aparentemente no se encuentran relacionadas con la acción política y en las que puede observarse el ejercicio del poder; instituciones que son el principal punto de apoyo del poder, de su solidez y su resistencia. Por ello considera, y así lo explicita, que la verdadera tarea política no radica en la creación de un modelo ideal al que la sociedad deba dirigirse, sino en abordar una crítica u objetivación del funcionamiento del poder en las instituciones que parecen neutrales al mismo. De este modo, la tarea esencial debería “indicar y mostrar, incluso cuando están ocultas, todas las relaciones de poder político que actualmente controlan el cuer-

po social, lo oprimen y lo reprimen...[y] realizar una crítica del funcionamiento de las instituciones que parecen neutrales e independientes y desenmascarar la violencia política que se ha ejercido a través de éstas de manera oculta, para que podamos combatirla. Porque esta dominación no es sólo la expresión de la explotación económica, sino su condición de posibilidad, para suprimir a una es necesario discernir a la otra de forma exhaustiva” (pp. 59-60).

El distanciamiento de Foucault con respecto a la creación de una sociedad ideal se sustenta sobre su crítica a una naturaleza humana como la presupuesta por Chomsky, para quien existe una naturaleza humana que aún no ha adquirido los derechos que le permiten realizar sus potenciales al máximo y de manera libre, razón por la cual ha de establecerse un modelo ideal al que la sociedad deba dirigirse. Sin embargo, para Foucault el peligro es la definición de esa supuesta naturaleza desde nuestra sociedad particular y nuestros parámetros de pensamiento, limitación coherente con su reflexión en torno al saber y su transformación. Dado que no existe una naturaleza humana que pueda alcanzarse tras la superación de obstáculos, sino que ésta es producto de prácticas sociales, su definición puede resultar problemática puesto que se transformará a lo largo de la historia, dificultando su aplicabilidad como modelo ideal. “Estos conceptos de naturaleza humana, de justicia, de realización de la esencia de los seres humanos, son todos conceptos formados dentro de nuestra civilización, de nuestro tipo de conocimiento y de nuestra forma de filosofía, y por lo tanto forman parte de nuestro sistema de clases; y no podemos servirnos de estos conceptos para describir

o justificar una lucha que debería echar abajo los fundamentos de nuestra sociedad” (p. 81).

El otro pilar en torno al que gira el debate es la justicia, que remite a la percepción de la realidad social como conflictiva o no. Chomsky considera legal y legítima la desobediencia a la norma si responde a una justicia superior o más pura. Foucault, por el contrario, considera que la justicia y por ende la lucha contra la injusticia siempre es un arma de la lucha social, pero no como objetivo para lograr una mayor igualdad social, como defiende Chomsky, sino como instrumento de poder: “la idea de justicia ha sido inventada y puesta a funcionar en diferentes tipos de sociedades como instrumento de cierto poder político y económico, o como un arma contra ese poder” (p. 77). En otras palabras, los grupos sociales no luchan por la justicia con el objetivo de reprender a los que ejercen tal injusticia y recompensar a quienes la sufren, sino que ésta siempre es un instrumento de poder. “El proletariado lucha contra la clase dominante porque, por primera vez en la historia, quiere tomar el

poder. Y porque derrocará el poder de la clase dominante considera que su guerra es justa” (p. 73). Lo que permite nuevamente observar las herramientas con las que ambos autores cavan las laderas opuestas de la montaña. Para Chomsky la lucha social o la guerra sólo se hace en términos de una justicia superior o más pura que permita una mayor libertad e igualdad a los ciudadanos, “porque cree que a través de la transferencia de poder se alcanzarán ciertos valores humanos fundamentales” (p. 74). Sin embargo, Foucault considera que la vida social es conflictiva en sí misma, y que la lucha social en lugar de hacerse en aras de una justicia superior y por tanto de la igualdad, se lleva a cabo para lograr poder: “Se hace la guerra para ganarla, no porque sea justa” (p. 73).

Dos perspectivas críticas, pues, las que nos presenta este libro que constituye una magnífica oportunidad para reflexionar sobre las herramientas y presupuestos con las que los analistas nos acercamos a la realidad social.

NEREA LAYNA ROMERO